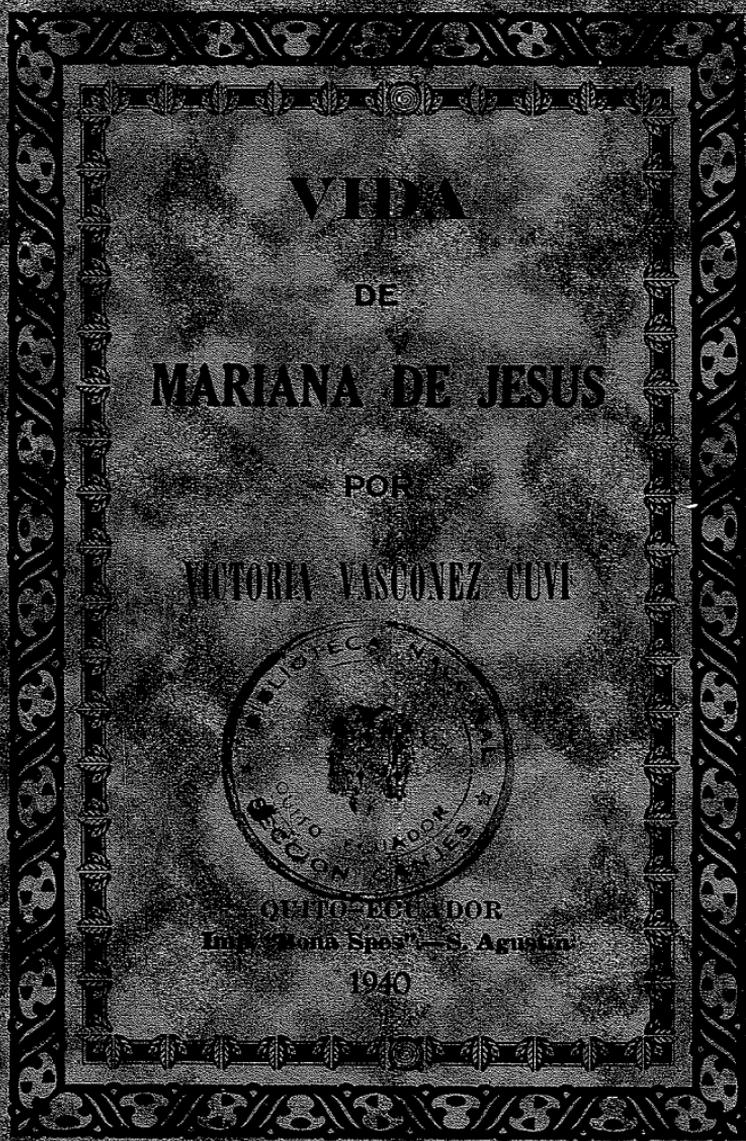


1502

V. 1502

✓

1502



VIDA
 DE
 MARIANA DE JESUS
 POR
 VICTORIA VASCONEZ CUVI



QUITO-ECUADOR
 Imp. "Gloria Spes" - S. Agustín
 1940

Adquirido por el Jefe de Obras

Biblioteca Nacional del Ecuador - Quito

VIDA

DE

MARIANA DE JESUS

POR

VICTORIA VASCONEZ CUVI



QUITO-ECUADOR

Imp. "Bona Spes".—S. Agustín

1940



BEATA MARIANA DE JESUS
AZUCENA DE QUITO



UN PROEMIO, un liminar, la portada de un libro, y de qué libro!, del que repite la voz dulce y persuasiva de Victoria Vásconez Cuvi, del que trasunta su alma y nos trae el perfume de su vida de armiño, de su fe alta y clara, enseña de aspiraciones infinitas....

Esto no es un prólogo, es un recuerdo cariñoso a la memoria de la ausente.

*
* *

Victoria Vásconez Cuvi, la galana autora de *Ensayos literarios*, de *Problemas educativos*, de *Actividades domésticas y sociales de la mujer*, poseída de ese milagroso sentimiento que no exige comprobación; porque le basta creer, aparta de intento sutiles especulaciones de orden filosófico; el análisis prolijo, inquisitivo, que tras las apariencias de los seres y de las cosas busca la verdad oculta, la realidad que esconden; des-

pójase de su peplo olímpico, ciñe la túnica bíblica, calza la sandalia peregrina, suelta el cálamus áureo, que tan brillantemente supo cincelar la frase, la lírica, la numerosa, la de conceptos hondos; y aprestando la pluma de ascéticos perfiles, sigue "la ruta ascendente, sin declives" por do va presurosa Mariana de Jesús, y en lenguaje diáfano y sencillo nos pinta con embeleso las acendradas virtudes, la blancura sin mácula de la Azucena montañesa que nació para santa, vivió santa y murió santa.

Para refrescar su sed ardiente de admiración devota por la virgen quiteña, que vino a esta tierra de miserias, predestinada por el cielo, bajo la luz augural de un ramillete de estrellas, sus manos de orfebre labraron la ofrenda votiva de oro fino, que hoy queda en su santuario.

Con brillante realismo describe en cortos y expresivos rasgos el medio ambiente colonial del siglo XVII, y entre dos capítulos floridos, el primero y el último, enmarca magníficamente la figura angélica y heroica de la Azucena de Quito, tallándola con el cincel caricioso del paisanaje, con la ufanía del creyente que ve culminar su fe en el ápice casi inaccesible de la perfección.

Pone de relieve las dos grandes características de Mariana: su espíritu de penitencia y su caridad ilimitada, que al alejarla de la vida exclusivamente contemplativa, equilibró en su ser, como en mística balanza, lo anímico y lo corpóreo, lo espiritual y lo terreno.

Paso a paso, silente y reverenciosa, sigue las huellas que van tiñendo de púrpura la empinada senda; penetra en las moradas místicas, a las que Mariana, en sus éxtasis fervientes, huye de la existencia y apaga su sed en el manantial inagotable donde canta el agua de la Vida Eterna.

Síguela encendida de fervor, en sus fugas al alcázar de las revelaciones, suspendido entre el cielo y la tierra, envuelto en niebla fúlgida, que sólo entreabre su velo para los espíritus dilectos.

Allí, con mano suave palpa las rosas lacradas que abrió ramilletes de expiación por culpas nunca cometidas, el cilicio y la disciplina, y llena de amorosa piedad, narra la vida portentosa de la virgen criolla, flor del Ande, que nació de milagro sobre la cumbre altanera de la abrupta, empinada serranía.

Con acierto de artista, no penetra Victoria en el jardín mirífico donde florecen los milagros;

detiénese en el pórtico para no romper la línea concisa del retrato.

No recarga el colorido de la dramática leyenda, y apenas si refiere parcamente los más notables prodigios, de entre los infinitos que atestiguan los coetáneos de la santa.

Tierna, dulcemente, con ademán litúrgico, trémula de emoción, alza muy arriba como una hostia candeal, el ícono portentoso, rútilo de reflejos de bienaventuranza, mientras ella se recata en la sombra de su modestia, se hace parva y mínima, y, de propósito, olvida las galas retóricas para no desflorar la nativa candidez del tema, el prístino candor con que los biógrafos culteranos de otros días supieron revestirlo.

Qué bien se ve que el lírico relato tuvo por móvil principal y único, la devoción fervorosa, sin sombra de vanagloria por la Santa quiteña, guardiana fiel de esta amada ciudad, fiadora suya ante la Divina Justicia.

Toda la fe cristiana de Victoria, reafirmada en su corta y santa vida de virtud, de caridad y tolerancia, palpita en su palabra convincente.

Su pluma transmutada en evangélico pincel, pinta con brillantísimos colores las maravillas celestiales como ella las soñó en sus éxtasis de santa.

Haces de radiaciones fugitivas renuévanse una y otra vez, en la trémula fulguración magnética de una aurora boreal maravillosa, que despliega y recoge su portento con plasticidad alucinante.

Un torrente de elocuencia se desata.....

Vibran todos los mundos, refulgen todos los soles, ábrense los cielos y entre rompimientos de luces inmortales emerge cándida y pura la Azucena de Quito, aureolada de gloria inmarcesible, en presencia de su Dios, segura de poseerlo eternamente.

Ante el espléndido cuadro supraterráneo que deslumbra; ciega de espacio y de luz, Victoria ya no puede contener la natural fluidez de su dicción, rica de color y de hondo sentimiento.

Con arrobos de iluminada, temblando como los querubines con temor y temblor, contempla extática sobre el magnífico fondo curuscante la visión beatífica y ante el soberbio miraje surge el canto victorioso de la supervivencia.

Toma su verbo los arrebatos audaces de los grandes visionarios, la majestad profética, el vértigo de la inspiración.

El himno palingenésico, polífono y vibrante; incendio de soles, torbellino de alas, espiral

sublime de refulgencias astrales, que dora y bruñe los horizontes etéreos, sube, sube y sube con ímpetu gigante, con vértigo prepotente de altura hasta tocar las cumbres inmortales.

Es una eclosión de rosas de fervor lanzadas al infinito; escala de ansias celestiales, tendida como puente luminoso entre lo perecedero y lo eterno, por la que sube ingrávida la Fe.

Con esta oda triunfal, con este magnífico salmo jubiloso, cierra Victoria su deliciosa agiografía mariana.

Quiso dejar en la retina y en el alma una epifanía de claridades sin ocaso, la imagen victoriosa de la supervivencia del espíritu, la certeza de la inmortalidad.

*
* *

La esencia psíquica se fuga a veces de la cárcel grosera que la aprisiona y penetra inconscientemente en el campo de las premoniciones.

Parece que Victoria hubiera leído su destino con segura clarividencia, cuando con suave presentimiento dice: "A veces, en la mitad de la vida se hace la noche plena de la muerte"

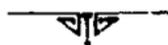
No logró Victoria ver publicada su dulce le-

yenda, blanca de lirios abiertos con el alba, cándida e ingenua como una saga nórdica cristianizada.

La flor se ha deshojado Nos queda su perfume en este lírico romance, que sabe a fruto silvestre, que tiene ingenuidades de medioevo, sencillez evangélica; nos queda el exvoto afligranado por su fe, pulido con la pulcritud delicada de su alma de selección; nos queda la traslúcida claridad de su ser, la vigorosa fuerza de su talento, el batir postrimero del ala vencedora que se remonta a los espacios infinitos donde no mengua el sol

El libro queda abierto, es un breviario póstumo, que con suavidades de caricia nos trae la dulce voz de Victoria, la voz querida de la ausente

Loita Ugarte de Landívar



MARIANA DE JESUS

PREAMBULO

La bella sultana de los Andes, Quito, la ciudad señorial que mantuvo secularmente el centro de los reyes, la corona de los poderosos, los estandartes de la libertad; Quito, la antigua capital del reino en el que dominaron, al paso de los siglos, el rey Quito y luego la larga dinastía de los Shyris, que cedió su puesto al imperio de los Incas, entre los cuales son astros de primera magnitud en la Historia, Huainacápac admirable y el generoso cuanto infortunado Atahualpa.

Pasó el tiempo y llegaron las guerras de la conquista española; guerras pavorosas en las que lució avasalladora la espada del Conquista-

dor. Consumada la sangrienta destrucción del imperio de los Incas, entró en la capital Sebastián de Benalcázar y dió a esta ciudad real el nombre de San Francisco de Quito.

Al hablar de la emancipación, González Suárez dice así: "España buscaba su bien, su mejoramiento; España atendía al bien de América y a su adelanto, pero subordinando siempre el bien de América al bien de España, y el bienestar de América al bienestar y prosperidad de la Península". Y en otro lugar añade: "Ningún pueblo puede existir ni prosperar sin justicia; el pueblo americano bajo el régimen español padecía extrema falta de justicia".

América Hispana con plenitud de actitudes y derechos para el gobierno propio, con múltiples necesidades a las que España no podía atender; con sobradas riquezas y con gérmenes vitales de democracia en su seno; América miró con lucidez y sintió con vehemencia el noble ideal de libertad y Patria. Desarrolladas las leyes que regulan la evolución de los pueblos, nuestros padres, los Próceres, lanzaron en esta Capital, el Diez de Agosto de 1809, el primer grito de Independencia, que resonó en el Continente Americano, y que valió en esta

muy noble y muy leal ciudad el renombre de “*Quito Luz de América*”.

Se consumó la libertad por el sacrificio de los mártires americanos, y exaltó su trono en el Ecuador con la victoria que el Veinticuatro de Mayo de 1822, obtuvo el invicto Sucre, en la montaña de Pichincha, a cuyas faldas se asienta Quito, la gentil sultana.

“La Améritca formada por España lo fué para la libertad”. Permanecen de España la dádiva materna de su raza, de su cultura, de su lengua armoniosa, de su religión santa”. América le debía todo a España. ¡Ah, si le hubiera debido también la Independencia.....!

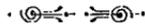
Volvamos a Quito. Esta ciudad llena de gracia, delicada y espiritual, atractiva y acogedora, ciudad de noble corazón, majestuosa como una reina y alegre como la sonrisa del sol; en ella habitan como en propio solar las ciencias y las artes; su Historia abre las ramas como un gigantesco árbol, y se constela de flores como la primavera.

Quito, el gran pueblo donde la religión y el heroísmo han sido arraigados y firmes, ostenta su fe religiosa como uno de los rasgos más acentuados que le dan relieve, y sus templos son jo-

yas de arte colonial y monumentos de su piedad de noble abolengo.

Naturaleza de Quito, imperio de la frescura, de la primavera ataviada de flores, impregnada de perfumes, grávida de dulcísimos frutos.

Quito, la tierra prócer ayer y hoy; en ella no faltarán nunca los héroes y los santos. Ha recibido la divina unción del heroísmo y la Providencia le ha señalado como patrimonio suyo, la gloria.



El 31 de octubre de 1618, vió la luz en esta capital Mariana de Jesús Paredes y Flores, a quien ha coronado la gloria con frescos lauros y brillantes rosas.

Refieren auténticas crónicas que sobre la noble casa de Mariana de Jesús resplandeció en la noche de su nacimiento una palma de refulgentes estrellas.

Mariana de Jesús se eleva en su Patria llevando en sus bellas manos la historia de su vida pura, que siguió sin declive alguno la línea ascendente de una virtud siempre heroica y sin manchilla.

Cuán difícil penetrar en almas como la de Mariana de Jesús de alteza y pureza acrisoladas.

Alcanzamos apenas a columbrarlas y es casi imposible aquilatarlas, porque están facetadas con finuras de exquisitos brillantes, porque han ascendido la escala ilimitada del espíritu y han descubierto los secretos de la eternidad.

Muy distantes se encuentran de comprender la santidad quienes se imaginen que es mustia flor de espíritus vulgares o corazones mezquinos, de vidas agostadas por el desengaño o desdeñadas por el mundo. No. Para brotar esta flor costosísima, de fragancia y hermosura celestiales, necesita de grandes almas y generosos corazones.

Si se profundiza en las ideas de Mariana de Jesús, veremos que se hallan vinculadas con los más altos problemas del pensamiento, con aquellos que han atraído la porfiada atención de poetas y filósofos, de teólogos y santos: Dios, el alma, la inmortalidad, la perfección moral.

¡Visión de lo infinito! El audaz pensamiento de la santa quiteña se fijó en los grandes, los eternos problemas que constituyen el supremo atractivo y la pasión del genio, del poeta, del filósofo. El torturador pensamiento de Hamlet es hoy como ayer la pavorosa incógnita contra la cual golpea las alas el soberbio pensamiento del hombre: Ser, no ser, dormir, soñar, la in-

mortalidad o la nada.....! Qué de formidables problemas que propone la razón a la razón y la conciencia humana!

Mariana de Jesús se planteó a sí misma estos tremendos problemas del destino humano, y en el espacio de su corta vida fue despejando con el tesón y la paciencia de los sabios, y con el valor de los espíritus fuertes que son capaces de poner de acuerdo su pensamiento batallador con su voluntad rebelde. Convencida, supo elevar su conducta a la sublime nitidez de sus ideas.

Los biógrafos de Mariana de Jesús nos la describen de tez alba y tersa; rosadas como la aurora sus mejillas; negros, brillantes, grandes y soñadores los ojos; la boca cofre de sonrisas, de plegarias y de dulces palabras de consuelo; melodiosa la voz; las manos blanco y rosa de seda, hábiles en labores femeniles, y expertas en el tañer de la guitarra y el arpa; el cuerpo esbelto parecía perfumado, habitualmente, por suavísimos aromas; el pensamiento noble, con potentes alas que tocaban la majestad de los cielos; el corazón santuario de perfecciones; voluntad, la de un héroe que se sacrifica por Dios, por sus compatriotas y por la Patria, su adorada Quito.

BREVES NOTICIAS ACERCA DE LA INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE MARIANA DE JESUS

Los primeros años de su vida, señalados por prodigios, revelan al instante la presencia de un ser excepcional conocible sólo por el que llevando como guía y compañero el asombro, se reviste de luz escrutadora.

Como en toda superioridad extraordinaria, ella es un ejemplar de elección hecho para las admiraciones, mas no para la imitación humana, que, como las olas en el mar, sigue el fácil rumbo que le imprime un acorde movimiento de conjunto.

Un vestigio de la austeridad que más tarde le será característica se advierte pronto en la criatura bendita. ¿Cuál no sería la sorpresa de su madre cuando se convenció, por repetidas ocasiones, que la niña sólo tomaba el pecho al medio día y al acercarse la noche? Inútiles fueron sus esfuerzos para obligarla a tomar el ordinario sustento a ninguna otra hora del día ni la noche.

Más tarde, ya crecida, cuando la llevaban de paseo a la hacienda, arrancaba ramas de ortigas y de espinas, y se golpeaba con ellas el cuerpecito semidesnudo. Otras veces, con una cruz

pesada para sus hombros infantiles, recorría de rodillas los corredores de la casa.

Desde los primeros años, ninguna niña de la familia le igualaba en piedad y en amor a Dios y a la Virgen María; ninguna le igualaba en el afán apostólico de enseñar la religión y la moral más pura. Mariana era la infatigable maestra de religión de los numerosos sirvientes de la casa, y de los niños conocidos por ella: Iniciaciones de amor y abnegación que darán luego el brote pleno de un inmenso idealismo, y la manifestación de un poderoso carácter.

El padre de Mariana de Jesús murió cuando ella contaba de tres a cuatro años, y la madre corto tiempo después. La niña tenía a su hermana mayor doña Jerónima Paredes y Flores, casada con el capitán D. Cosme de Caso, "rama de la noble familia de este mismo apellido de la provincia de Asturias en España". Ellos reemplazaron con tiernísimo afecto a los padres de la preclara niña.

Afirman los biógrafos de la santa que "era de grande talento, de ingenio muy agudo, de inteligencia viva y precoz, con lo que no hizo inútiles los cuidados de los que la instruían, sino que adelantó en poco tiempo, sobresaliendo

muy pronto sobre sus compañeras, sin que le costara trabajos ni desvelos. Tenía dos maestros, el uno que le enseñaba a leer y escribir, en lo que salió muy aventajada; el otro a tocar varios instrumentos de música, y llegó a manejar con mucha destreza la guitarra y el arpa. La aplicaron también a labores femeniles, como tejer, coser, bordar." Esta, generalmente, era en esos tiempos la mejor educación que podían recibir las niñas de las familias nobles; pues, conocido es el prejuicio de aquella época de que a las mujeres era preferible no enseñarlas a escribir, para que no contestaran las cartas de sus enamorados.

Los biógrafos de Mariana de Jesús nos describen sus múltiples acciones, y raramente conservan las expresiones auténticas de la santa que nos habría sido en extremo valioso conocer; mas, sabido es el talento, estudio constante y meditación continua, aparte de que el mismo tenor de vida debió ser para ella sapientísima escuela, su palabra tuvo que estar a la altura de sus ideales; cincelados en el crisol de la soledad debieron de ser sus pensamientos; purificados en el fuego de amor santísimo, los

sentires y quererres suyos; pulcro y dulce su lenguaje, suavizado por la caridad.

A los diez años, sueña en catequizar a los indios de Mainas, e inspirada por la caridad heroica de convertirlos a la fe de Cristo, resuelve salir de su casa, acompañada por Juana y Sebastiana de Caso, sobrinas de ella, de menor edad que Mariana, sin conocer el camino y sin más que una insignificante provisión de ropa, galletas y bizcochos. La llave de la puerta de calle que, Marianita, para el caso, guardaba ya debajo de su almohada para salir con las primeras luces de la aurora, delata el plan de fuga, pues, aunque ella despertó a la hora de costumbre, la perdida llave vino a encontrarse en la alcoba de Mariana, con lo cual, decubierto y frustrado el intento, los hermanos la reprendieron severamente.

Poco tiempo después, alcanza a conocer que la imagen de la Virgen que los habitantes de Quito colocaron en las faldas del Pichincha, para implorar de María, que librase a la ciudad de las frecuentes erupciones y temblores, no era venerada en el volcán como tan augusta Reina merecía. Resuelve, entonces, salir de casa nuevamente y formar una ermita en las

breñas de la montaña, para dedicar la vida al culto de la Soberana de los Cielos. Sus dos sobrinas y su amiga Escolástica Sarmiento, emprenden el viaje una tarde, caminan fatigadas, alcanzan las faldas del Pichincha, continúan trepando; cuando al borde de una zanja se presenta un toro que les cierra el paso y las embiste furioso. Intentan las niñas cambiar de rumbo y el animal las persigue; entonces Mariana, después de profunda reflexión, cree que no es éste el camino de su vida, y con entera resolución dice a sus compañeras: ¡Volvámonos!

Precipitadamente, emprenden el regreso, con la esperanza de entrar a casa sin que la familia se hubiera dado cuenta de la fuga. Entretanto, la ansiedad reinaba en el hogar y todos se ocupaban en seguir las huellas de las fugitivas.

La severidad en amonestarlas y reprenderlas fue mayor en esta ocasión, y temiendo con justicia los hermanos de Mariana que su infantil fervor pudiese inducirla a algún extravío de consecuencias lamentables, le proponen que se haga religiosa en el convento de Santa Catalina o en el de Santa Clara, a lo cual accede ella con absoluto beneplácito. Mas, tampoco es posible realizar este proyecto, porque varias y pode-

rosas causas se oponen a su cumplimiento. Pero la hora de la vacilación va a concluir, pues Mariana resuelve entrar de lleno, con la luz plenaria de la certeza, en el campo de su orientación definitiva.

A los doce años, anticipación genial, vislumbró el camino abierto, después de haber vagado en el ensayo, sin acertar todavía con la senda franca. Un día entró de lleno en los valles de la soledad, en los que le esperaban sorpresas asombrosas. Allí se encontró con Dios, con su alma y con los grandes problemas del Universo. Solemne y dichoso día, inolvidable entre todos los días aquel en que nos hallamos con Cristo, marca huella indeleble en todo corazón cristiano y hallan eco inconfundible las palabras de San Pablo: "¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿Será acaso la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez? ¿Será acaso el peligro o la persecución? ¿Será, por último, la cuchilla? Pero nosotros somos más fuertes que todos esos temores, confortados como somos por aquel que nos ha amado. Sí, estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los Principados, ni las Potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la

profundidad, ni criatura alguna, podrán separarnos de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús, Señor Nuestro”.

“¡Oh, quién nos separará de la caridad de Cristo”! Estas gratísimas palabras las pronunciamos los cristianos que hacemos gloria de pertenecerle. Jesús, dulce Jesús, Señor de nuestras almas, amor que palpité en nuestro corazón con la sangre que del suyo nos transmitió nuestra madre. Desde el seno materno recibimos ya una alma cristiana, y entre los bienes que nos otorgó el cielo, no hay uno sólo que remotamente se acerque a la excelencia incomparable de nacer, de vivir y de morir cristianos.

La voz de Dios se dejó oír claramente de Mariana, y esta vez le insinuaba en el fondo del alma que “viviese en su propia casa como pudiera hacerlo entre los muros de la comunidad más austera”. El hogar ennoblecido con las virtudes de innumerables y grandes santas, puede y debe ser para las mujeres un templo. En él pueden practicar cuanto ambicionen para su perfección moral. Mariana de Jesús, Rosa de Lima, Catalina de Sena, la excelsa Mónica, la eminentísima Isabel de Hungría; mas, para qué se-

guir adelante si hubo un hogar que lo formaron Jesús, María y José?.

Huérfana de sus padres, consigue de sus hermanos doña Jerónima y don Cosme de Caso, el anhelado permiso para su vida oculta, no en un convento ni en una ermita perdida entre las breñas del Pichincha. Los bondadosos hermanos adornaron tres habitaciones en el piso alto. Antes de entrar en posesión de su independencia, la niña se despidió de los suyos como para un viaje muy largo o para un murado convento del que no tornaría más. Luego, con la energía que la distinguió siempre, hizo sacar de sus habitaciones todo lo hermoso y cómodo que la ternura fraterna la había destinado, y dejó las cosas sencillas, indispensables para su servicio.

En cambio de comodidades, de día en día llegaban a su estancia un prodigioso arsenal de instrumentos de dolor: cilicios, disciplinas, cruces, toda una ingeniosa creación de suplicios.

Entre los objetos que ella hizo colocar en su cuarto, figuraba un lienzo que representaba una cabeza de mujer, la mitad del rostro juvenil y bello, florecido con las rosas de la vida, y la otra mitad una calavera que dejaba escapar por la órbita profunda del ojo y por la comisura de

los labios finos, un enjambre de gusanos, agentes vivos de la corrupción. A este lienzo la niña llamábalo su espejo.

Pasadas las primeras semanas de esta su vida nueva, sus deudos que la observaban con ojo avizor, advirtieron las huellas de los sacrificios en la demacración de su semblante, en la blancura mate de su tez, en el brillo apagado de sus ojos negros. Con la solicitud del afecto la rogaban que moderase su continuo ayuno, que disminuyera las horas de insomnio torturado, y las mortificaciones lacerantes de disciplinas y cilicios. Ni cariños ni instancias fueron parte para desviarla de su resolución, pero sí la impresionó la certeza de que su semblante demacrado revelaba a los otros lo que ella a toda costa pretendía ocultar: su sacrificio.

Entonces, confió seguramente en la esperanza de un milagro que la volviera de modo prodigioso los colores del rostro, la blancura sonrosada de las manos, el estupendo brillo de los ojos. Así se lo pidió con instancia a Jesús, el Amado dulcísimo de su alma. Una mañana en que, como le era habitual, se fue a la iglesia de la Compañía de Jesús, a comulgar, después de recibida la santísima forma, intuyó que su an-

helo había sido escuchado, y sintió que el vigor de la juventud subía a sus mejillas en eclosión de vida; y el brillo ardiente de sus ojos negros resplandeció de nuevo, y la escultura de sus manos suaves tuvo las líneas puras y delicadas de otrora. La hermosura tornó a ella más acabada, como que se la daba el Artista Supremo, autor de la divina belleza.

Admirados quedaron cuantos la vieron y halagados los parientes al advertir la rápida mudanza que atribuyeron a la aceptación de sus consejos. Mas, la realidad del prodigio dió mayores alientos a la santa para ir adelante, sin vacilaciones, en su difícil camino.

En la época en que vivió Mariana de Jesús no era cosa rara, como sería en la nuestra, la vida oculta y el ayuno; no eran raros ni sorprendentes tampoco cilicios y disciplinas. De modo que la manera heroica de practicar estas austeridades, es lo admirable en la vida de nuestra compatriota.

TRES IDEALES

Tres, en nuestra opinión, fueron los grandes ideales de Mariana de Jesús. El primero, su ardiente amor a Dios. Amaba a Dios con el ardor purísimo de su inocencia, con la inmensidad ilimitada de su fe, con el fervor heroico de su juventud. "¡Oh!, si yo fuera tan dichosa que le probara mi amor a Jesús con el martirio; oh, quien gozara de Dios, quien se abrazara en su amor, quien muriera por gozarle!", exclamaba Mariana de Jesús. "Dios, dice Lacordaire, es principio de todas las cosas, de toda justicia, de toda luz, de toda armonía, de toda belleza, de toda bondad". La luz para nuestros ojos ávidos de mirarla, el aire puro y diáfano que refresca nuestra sangre y que es esencial elemento de vida, no son tan gratos, tan necesarios al cuerpo, como la existencia de Dios para el espíritu. Ella preside el concierto del Universo, es el sol de las almas. Hay ciegos que no alcanzan a contemplar la luz y enfermos que se asfixian en el aire que respiramos; pero estas anomalías no suprimen la existencia innegada e innegable de estos elementos de vida. Hay igualmente ateos, pero su débil testimonio queda ahogado ante

esta universal afirmación: DIOS EXISTE. Mientras la humanidad sea tal ha de responder en lo moral como en lo físico a los principios sustanciales que la constituyen. La existencia de Dios es de hondura y potencialidad tan excelsas que la razón y la conciencia universal, unánimes en todas épocas, en todos los pueblos y en todas las razas proclaman la existencia de Dios, Creador, Conservador y Gobernador del Universo.

Mariana de Jesús llegó a formarse claras, extraordinarias ideas sobre la existencia de Dios y las relaciones que tenemos para con él. Además, sus concepciones acerca del destino humano, de las obligaciones con la humanidad y de los deberes sociales, eran superiores, profundas y ascendradas en exquisita bondad.

El Padre Camacho, confesor de Mariana de Jesús, al referirse a la santa, se expresa en los términos siguientes: "Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones, sin discursos, y amarle sin interrupción".

Si queremos interpretar de un modo serio el carácter de esta personalidad eminente, debe-

mos elevar nuestras miradas a una esfera supraterrena. En esta esfera podemos contemplar un mundo nuevo y radiante, y al mismo tiempo tan real como la misma realidad tangible. "Nuestra conversación es en los cielos", como ya lo dijo San Pablo. "Dios no está lejos de cada uno de nosotros, porque en El vivimos, y nos movemos y somos", añade el gran Apóstol; y San Agustín exclama: "Buscaba yo, Señor, fuera de mí al que tenía dentro de mí". La presencia de Dios irradia en el Universo y lo penetra todo. Los santos reciben de El el poder de contemplarlo favor del que no gozamos la generalidad de los hombres.

Las visiones de San Pablo, de Santa Teresa de Jesús y de centenares y miles de santos dan perfecto testimonio de este mundo superior. Santa Teresa explica sus impresiones en esta forma, poco más o menos: No se le ve a Dios ni se le oye con los ojos y los oídos corporales solamente, sino que se adueña del espíritu una certeza tan grande, que es imposible dejar de creer en lo que se ve y se oye, porque esta vista y oído del espíritu producen un convencimiento mayor del que pueden darnos los sentidos solos. Las visiones de los santos no son

verdades que descubre la inteligencia, sino realidad absoluta para aquellos dichosísimos seres, realidad a la que corresponden esas vidas inmaculadas y en ascenso constante a las cumbres de la perfección. Si no estuvieran fundadas en la realidad no podrían sostenerse y perseverar en tan difícil camino. Además, los santos son seres de una alteza moral inconfundible, a los que no se puede dejar de creer, para no hundirse, en el más completo desengaño acerca de la veracidad humana. En Mariana de Jesús no eran raros los éxtasis; hablaba familiarmente con Dios, le consultaba sus dudas, le pedía y obtenía milagros, y el dulcísimo Jesús le descubría los secretos del porvenir.

A imitación de la Doctora de Avila, pidió a Nuestro Señor que no la llevara por la senda de las visiones y revelaciones, o que, por lo menos, nadie conociera de ellas mientras le durase la vida. Sin embargo, sabemos muchas cosas extraordinarias y las más de éstas, reveladas por la misma Santa.

Cuando Sebastiana de Caso, la angelical y bellísima joven, sobrina de Mariana de Jesús, santa como ella, cayó enferma de suma grave-

dad, Mariana conoció que iba a morir y le dijo: "Adelante Sebastiana, pon tu confianza en Dios y espérame en el cielo, donde vas a gozar de El que es vida verdadera; juntas celebraremos la pascua del Espíritu Santo en la gloria". Sebastiana murió de diez y nueve años de edad, en los días en que sus padres le preparaban la solemnísimas fiesta de sus nupcias; que ella rehusó, y Mariana de Jesús falleció pocos meses más tarde, en el tiempo prefijado por ella.

Habiéndole encomendado una persona que rogase a Dios por sus necesidades, y preguntándole luego si el encargo había sido cumplido, Mariana le respondió: "Aunque siento decirle la verdad, no se la ocultaré, porque importa para su salvación. Dispóngase a morir, porque dentro de ocho días habrá dado cuenta a Dios de su vida". Así sucedió, al octavo día aquella persona descendió al sepulcro.

De entre las varias cosas que Mariana refirió a su sobrina Juana de Caso, copiamos la siguiente: "Que en varias ocasiones, al acercarse a comulgar vió a Jesús en la Hostia consagrada en forma de hermosísimo infante, que risueño y contento venía a ella, llenando su alma de un gozo y alegría semejante a los que tienen los

ángeles en el cielo". Cuando el Padre Alonso de Rojas, uno de sus confesores, sorprendido, preguntó a Mariana cómo conoció las cosas que le predijo, pues que se cumplieron al pié de la letra, la santa contestó: "Todo lo sabe Jesús y El me lo dijo".

Ruidosa fue otra predicción de Mariana, al Padre Juan de Enebra de la Compañía de Jesús. El mismo Padre lo refirió y se divulgó por el colegio y la ciudad. Hablando un día con el Padre Enebra, le dijo Mariana: "que en su última enfermedad no tendría necesidad de médicos ni de medicinas". Tuvo certeza el Padre del anuncio, y jamás dudó de que su muerte sería repentina. Después de muchos años, al bajar la escalera para ir al refectorio, cayó para no levantarse.

Víctor Mideros, este artista genial cuyas estupendas obras admiramos, ha interpretado con su mago pincel una de las visiones de Mariana. Embelesada la santa se acerca a recibir al Niño Jesús, que en un halo de purísima luz, bello y sonriente desciende a sus brazos. Nos parece que este cuadro interpreta la aparición del Niño, cuando pidiéndoselo Mariana a la Virgen

de un cuadro que veneraba en su cuarto, el Niño cobró vida y empezó a conversar con la Santa.

No es extraño que aquellos que gozan de la vista inefable de Jesús, aquellos que no sólo intuyen sino que sienten los arrebatos de ese amor divino, consagren su vida, la luz de su mente, las nobilísimas pasiones de su alma a la contemplación y amor de las maravillas del cielo; pues que también aquí, donde los corazones huellan el polvo, también aquí, el amor puramente humano, alcanza a llenar la inmensidad del alma, la penetra íntegramente, y la presencia del amado, cuando existe de verdad el amor, produce tanta felicidad, goce tan puro que el alma está enajenada, absorta en la contemplación del objeto que la obsede.

No sorprende tampoco que la posesión de bienes superiores a nuestros bienes terrenos, desprenda de tal modo el alma de los santos de los amores de la tierra, que ellos no hagan igual aprecio que nosotros, de tantas cosas que aquí consideramos preciosas.

Fenómeno parecido sucede con aquellos que han fijado su torre de marfil, su castillo interior sobre las pequeñeces de la tierra. Los artistas,

los sabios, qué diferentes son de la multitud que se agita y batalla en la arena de tantas codicias y placeres. "El verdadero espíritu no es cosa de este bajo mundo. Por eso, precisamente, el hombre espiritual no está hecho para ocuparse con éxito en los negocios terrestres. Lo que en realidad es esencialmente espiritual, vive por su propia naturaleza en un plano superior a las civilizaciones particulares, a las lenguas y a la sangre".

El segundo ideal de Mariana de Jesús nos parece la imitación de Cristo, imitación que copia de un modo especial la forma dolorosa de la Pasión del Maestro. La niña contempló a Jesús desde la infancia; la cabeza coronada de espinas, velados los ojos divinos que penetraban la verdad de los pensamientos, el fondo de la conciencia; heridas y enclavadas sus manos que acariciaban a los niños, daban vista a los ciegos, sanaban a los leprosos; dormida su palabra inefable que resonó augusta de pureza, ardiente de santidad, que exaltó cuanto liberta y ennoblece la vida y condenó poderosa el pecado que ejerce imperio tiránico en el alma; inmóviles sus leves pies, que recorrieron los ásperos caminos de la vida, para santificarlos.

No en la plata ni el oro, no en el mármol ni el bronce, sino en su alma engrandecida por infinito anhelo, y aún en su cuerpo, esta artista del amor a Jesús grabó la imagen del Mártir del calvario.

El férreo azote de las disciplinas laceró cada día su cuerpo, y de la piel herida brotó como fresco manantial, su sangre; la corona de espinas taladró su virgínea frente y la adornó con líquidos rubíes; sobre los hombros desfallecientes soportó muchas veces el peso fatigante de la cruz, o pasó largas horas, casi a diario suspensa del madero que la recordaba aquel en que el Redentor fue sacrificado por nuestra salvación. Bebió hiel y vinagre en los ardores de su implacable sed; y en este grandioso holocausto, rogó a Dios que perdonara los pecados de los hombres y, sobre todo, que perdonara a su pueblo.

Una joven noble, bella y rica, dedicada del todo al sufrimiento, sujeta a una regla por la cual todas las horas del día y de la noche, estaban señalados para un sacrificio, regla por la que a un dolor sucedía otro dolor más grande, y por la que una tortura era en descanso de otra. Toda esa vida fue un sólo estremecimiento heroico, vehementísimo amor al sacrificio.

“En Mariana de Jesús, dice Gonzales Suárez, sus penitencias, sus maceraciones son fruto de su amor a Dios: porque ama con amor intenso, se pomplase en el dolor que la hace semejante a su amado, el amado de su alma, Jesucristo. . . ., al Crucificado”.

Se destaca el carácter de Mariana de Jesús dotado de inmovible energía. Esa vida de heroico padecimiento soportada por propia elección en el decurso de los días, sorprende, admira e impone respeto a extraordinario mérito. De ser sobrellevada por un hombre, a quien se atribuyen con preferencia a la mujer los atributos del valor, sorprendería igualmente; pero la admiración sube de punto porque es una mujer, una niña, la heroína de sacrificio semejante.

Para animarse a proseguir en su empresa sobrehumana se decía a sí misma: “Juzgaré desde hoy que cada penitencia que hiciere es la última de mi vida; que cada día, hora e instante puedo exhalar el último suspiro. Me consideraré ya como difunta, y me preguntaré a menudo cuáles son los méritos que he atesorado para el cielo; qué es lo que quisiera haber hecho por Dios y por mi alma. Meditaré que con la muerte han tenido fin las disciplinas, los cilicios, los

ayunos, la penitencia con todas sus amarguras. Jamás creeré que he de vivir sino que estoy más bien para morir”.

Quedó en su cuarto, como auténtico documento, un raro arsenal de instrumentos de dolor; cilicios, disciplinas, coronas de agudas puntas, cruces; toda una ingeniosa creación de suplicios. Está confirmado plenamente su ayuno, en el que resplandece el milagro. Para la consagración de un mérito inmenso, para el estudio de esta personalidad jamás igualada en la historia de nuestra Patria, es necesario consignar estos datos fundados en la verdad histórica.

Innumerables testigos declaran, acordes, acerca de esa extraordinaria maceración, de modo que, atenta la posibilidad natural de una persona para tenor de vida semejante, es imposible que hubiese podido conservarla sin la diaria intervención de un prodigio.

El ayuno de los siete últimos años llegó a tanto, que tomaba apenas el zumo de un pedazo de membrillo o manzana cada día, y su estómago mismo no admitía otra clase de alimento. Hablando familiarmente Mariana de Jesús con una íntima amiga suya, Petronila de San Bruno, le confesó, con toda ingenuidad, que “ya no co-

mía nada y que su único alimento era la sagrada comunión”.

A propósito de su cruel maceración, Mariana hizo esta confidencia a otra de sus íntimas amigas: “El Jueves Santo tenía disciplina de sangre en las espaldas, que las abría y llagaba hasta derramar sangre, y al día siguiente, Viernes Santo, se hallaban como si no hubiera hecho penitencia, así volvía otra vez a lo mismo”.

De entre los numerosos milagros de la Santa, citaremos por su dulce atractivo el cándido ramo de azucenas que brotó de la sangre vertida mediante las disciplinas, y que la confidente del martirio de Mariana, la buena india Catalina, enterraba en un hoyo del jardín. Una mañana apareció el hoyo coranado de azucenas, que tenían las raíces en la sangre olorosa y fresca. Este es quizá el origen de llamar a la santa, *Azucena de Quito*.

Era tan poderoso el imperio de su voluntad, que conocemos de ello hechos completamente admirables. Mariana era víctima de la hidropesía y le agobiaba al mismo tiempo una abrasadora calentura. Devorada, consumida por la sed, derramaba lentamente varias veces sobre el suelo un vaso de agua, sin llevar a sus labios si-

tibundos ni una gota del refrigerio anhelado. Otra ocasión en que ella recibía en sus manos quemadas por la fiebre el agua de lluvia, los poros de las manos absorbieron el agua y ella sintió aliviada su intolerable sed.

El suplicio de la sed se repetía con excesiva frecuencia, porque si llegó a ser posible que en los últimos años de su vida no experimentara hambre, no sucedió lo mismo con la sed, que la devoró de continuo.

El dolor es una de las leyes del progreso, ya como expiación o como conquista de futuro bienestar. En el bello aunque difícil camino de la perfección, sólo se llega a la cumbre por la estrecha senda de la Cruz. En la historia del Cristianismo ningún ejemplo más glorioso que el de Jesús Redentor de los hombres, para enseñar la grandeza y el valor del sacrificio. En los santos este apasionamiento por el dolor es uno de sus rasgos característicos, sea por imitación del Maestro Divino, o por anhelo de una solidaria expiación social, o también por afán de purificación absoluta de las faltas levísimas, del polvo del camino, que se adhiere a las sandalias de los caminantes.

Casi todos los artistas han representado a la

santa con un Crucifijo en las manos y una calavera a los pies.

El Crucifijo, la muerte, estos eran los libros en los que Mariana de Jesús aprendió la ciencia de su santidad. El Crucifijo, libro de vida eterna al que van a saciarse las almas devoradas por la sed de la verdad sobrehumana, sed que no la mitigan todos los refrigerios ni alcanzan a saciarla todos los manantiales: sed de justicia en medio de la injusticia; sed de amor en este océano tempestuoso de egoísmo. El Crucifijo, libro de excelsa sabiduría, la más grande que estudiar y conocer puede el hombre que aspira a coronar la cumbre de sus excelsos destinos.

“Ved al poeta más tierno de la Edad Media, al padre de la literatura italiana, cómo tiene en su mano derecha esa poesía eterna obra del Espíritu Santo, escrita indeleblemente en la Cruz. Y leyéndola se quedó ciego, tanto llorar de amor. ¡Qué bello libro de poesías es un crucifijo! Hijos de Francisco, poetas de la Cruz hemos de ser también nosotros; éste es el libro de nuestra Orden, ésta es la biblioteca en que se formaron nuestros doctores”.

¡La muerte! Si del aspecto de disolución y acabamiento que deprime el ánimo y le inicia

en los misterios del no ser, estudiamos la muerte con sus facetas de corto espacio de vida y de inmortalidad cierta, no cabe duda de que puede llegar a ser el móvil más enérgico de la acción, poderoso motivo para superarse en el esfuerzo, causa segura para enaltecer y dignificar la vida. El pensamiento constante de la muerte y la esperanza de la vida futura, contribuyeron en gran manera a la elevación del carácter de Mariana de Jesús, que como San Pablo podía repetir: *muelo todos los días*.

Para fijar mejor su pensamiento conservaba en su alcoba un ataúd en el que yacía un hábito franciscano, que dejaba mirar bajo la capucha de los monjes una calavera. Libro este de cotidiano estudio y porfiada meditación en las veladas de la Santa.

El tercer ideal de Mariana de Jesús nos parece su amor a la humanidad que sufre, el anhelo de implorar con su oración, por el perdón de los pecados ajenos, y de expiar con sus sacrificios los errores a imitación del Divino Redentor; el anhelo de sacrificar su vida por su Patria, por Quito, que sucumbía entonces a los estragos de la peste y a las convulsiones del suelo.

• Semejante ambición parece utópica a prime-

ra vista; pero si se penetra en las enseñanzas de la Historia, se descubrirá que la solidaridad perdura en las sociedades. De acuerdo con esta ley el anhelo de Mariana de Jesús responde a una aspiración gigantesca de patriotismo y fraternidad. Esta ley de solidaridad es la más gloriosa de los pueblos, y el sacrificio, la fuente y el origen del bienestar general; pues, que todo lo bueno, lo grande, lo puro, son emanaciones del sacrificio.

Un intercambio ilimitado de lo físico, de lo espiritual, de lo sobrenatural, sostiene la vida en el Universo. Las grandes ideas y descubrimientos, pocos grandes hombres han encausado y dirigido en cada época la vida de los pueblos; y sabido es que los siglos históricos alcanzan enorme duración; la Iglesia Católica tiene establecido el principio de la solidaridad, y éste es una parte de su credo: la comunión de los Santos. En los descubrimientos científicos, en los sistemas filosóficos, en las costumbres sociales, se impone la solidaridad. La familia, esa red por la que circulan y perduran en la especie, al través de la herencia, la salud y la enfermedad, las virtudes y los vicios, el honor o la mengua de los antepasados, es otra de las

formas acentuadas de solidaridad. ¿Cómo habíamos de negar importancia suprema al acto sublime de la oración, al poder del sacrificio, cuando no podemos negarla a los actos más familiares? Vivimos de los bienes que nos legaron los grandes benefactores, así como soportamos la fatal herencia de la perversidad, del egoísmo, de la ignorancia ajenas.

Los sabios han irradiado a torrentes la luz de sus almas y han transformado la vida de los pueblos mediante la ciencia; la tierra goza de la libertad que le conquistaron los héroes y los mártires; la divina legión de los artistas deleita al mundo con encantos de armonía y belleza; la tierra palpita bajo la égida de lo sublime, de lo bondadoso, ya que sabios, héroes, artistas, son esenciales en la vida de la humanidad.

La caridad, esa plenitud del alma que se prodiga en mil formas sedantes, palabras, miradas, sonrisas o lágrimas; la beneficencia, que se enaltece y acrisola en el filántropo, tiene otra forma clásica y suprema de manifestarse, el sacrificio. Si Mariana de Jesús conoció los misterios amables de la caridad que se traducen en enseñanza al ignorante y pan al menesteroso, supo más

todavía de aquella otra que se convierte en sacrificio.

A par de Santa Isabel de Hungría, Mariana de Jesús, servía a los pobres más desventurados que llegaban diariamente a su casa; cuidaba de ellos como una tierna madre, y así con este amor les distribuía el pan amasado con sus manos, el alimento que ella no tomaba, los objetos delicados que confeccionaba y el dinero que ganaba trabajando. Pedía a sus hermanos que le ayudasen en su empresa de socorrer a los pobres y cuando los generosos hermanos le entregaban la llave de graneros y depósitos, se sorprendían al advertir que no escasearan ni disminuyeran las provisiones.

Lo mismo sucedía con un canastillo de blanquísimo pan que repartía a diario entre los pobres. Jamás faltaba el pan del canastillo, cualquiera que fuera el número de necesitados que lo solicitaran. Por lo blanco, lo sabroso y lo abundante, los pobres solían llamarlo "pan del cielo".

El año 1645 fue aciago para Quito, por los violentos temblores y por la epidemia que hacía estragos mortales. El cuarto domingo del mes de marzo de ese año, escuchaba Mariana de Je-

sús el sermón que en la Iglesia de la Compañía pronunciaba el Padre Alonso de Rojas, lamentando las calamidades públicas. Entonces la santa, en voz alta y con palabra clara, ofreció su vida a Dios por el bienestar de Quito. En los días subsiguientes a este holocausto, cesaron "como por encanto" la epidemia y los temblores; mas, desde aquella misma tarde, Mariana de Jesús cayó mortalmente enferma, y falleció, pasados dos meses de postración.

Patriota no es solamente el que sacrifica su vida por la Patria, en los campos de batalla, sino también el sabio que la ilustra, el grande hombre que la honra con sus hazañas, y el santo que la enaltece con sus méritos. Mariana de Jesús puede ampliamente ser llamada patriota, porque ofreció su vida por la patria, y pasó en diario sacrificio implorando a Dios felicidad para ella.

"Os confieso, dice González Suárez, que la vida de Mariana de Jesús sería para mí un enigma, si no reconociera en ella su predestinación de víctima: ella es en rigor nuestra víctima; ese es su destino providencial".

De este ejemplo de Mariana de Jesús se desprende el deber de constituir como parte inte-

grante de toda noble vida, el interés por el bienestar social. Hoy sobre todo, los problemas sociales son tan urgentes que es necesario dedicar una parte de la vida a su estudio y resolución; ya contribuyendo a la educación del pueblo, al alivio de las necesidades públicas, a sostener el orden; en una palabra, al cumplimiento de los deberes cívicos. Es preciso estudiar los problemas sociales, comprenderlos, para establecer la gloriosa cruzada de impulsarlos con energía, con vehemencia, porque en el dinamismo de esta hora, el paso lento, aunque firme de unos, no puede equilibrar el salto, el vértigo de los otros.

Los espíritus dotados de inmenso desprendimiento, de abnegación y de fraternidad, son capaces de realizar con su palabra y con su ejemplo profundas transformaciones sociales; pero las almas mediocres, egoístas, materializadas, el vulgo, la gran masa humana, en todas las esferas sociales, obstan y retardan la acción de la justicia y el progreso.

La divulgación de sanos principios, el ejemplo de las grandes voluntades generosas, las leyes justas capaces de producir bienestar, deben ir laborando los medios eficaces para orientar el criterio del mundo, y conjurar sus formida-

bles crisis. No de otro modo se han operado en todo tiempo las grandes transformaciones.

MUERTE DE MARIANA DE JESUS

Tres días antes de morir, Mariana de Jesús perdió el uso de la palabra, pues ella había rogado a Dios que le concediese el favor de ocuparse tan sólo en El, cuando se acercara su muerte. Ese tiempo no es para hablar con los hombres, dijo a una amiga suya, sino para estar con Dios. Es mejor hablar con Dios que hablar de Dios.

El primer día en que perdió el uso de la palabra, cayó en un éxtasis de larga duración, recobrada del cual se incorporó en su lecho y pidió recado de escribir, para informar a su Director el Hermano Hernando de la Cruz lo siguiente: "Santa Catalina de Sena ha venido a visitarme, me ha mostrado una corona hermosísima, para que me corone con ella el día de mi partida. Me dice que el viernes a la noche, entre las nueve y las diez, han de venir mi Señor Jesucristo y la Reyna de los Cielos de Loreto por mí". La Virgen de Loreto era la advocación predilecta de Mariana de Jesús.

Un historiador bien documentado dice así: "Estas visitas de los cortesanos del cielo se repitieron muchas veces durante los últimos tres días de su vida, con lo cual ella rebosaba de gozo, y consideraba como cosa de ninguna atención los penosísimos trabajos que pasaba".

El 26 de Mayo, que ella predijo ser el último de su vida, se hizo llevar a la ventana de su cuarto, situada frente a la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, y arrodillada con suma devoción, asistió desde allí a la Santa Misa.

Como sabían que eran las últimas horas de su compañía gratisima, la hermana y las sobrinas le manifestaron cuán dolorosa sería su muerte para don Cosme de Caso, que se hallaba ausente; mas ella dió a comprender por señas que no moriría antes de la llegada de su padre adoptivo.

Así sucedió en efecto. Esa misma tarde llegó don Cosme y fue recibido con grandes demostraciones de afecto por Mariana de Jesús. Le rogó que le diese su bendición, lo cual hizo él con profunda ternura.

Eran las nueve de la noche del 26 de Mayo del año 1645. Asistían en torno del lecho de Mariana de Jesús los Padres de la Compañía

Luis Vásquez, Alonso de Rojas, Alonso Ortiz y el Hermano Hernando de la Cruz.

Uno de los Padres le puso el Crucifijo adorable entre las manos; Mariana lo recibió con amor indecible, fijó en El sus grandes ojos y reconoció ahí, mejor que nunca, el acierto de haber caminado por la senda de la Cruz para llegar al cielo.

De improviso, desvió la vista del Santo Cristo a un punto fijo de la habitación, y un gozo celestial, divino, una imponderable exaltación de su espíritu se reflejó en su rostro. El Hermano Hernando de la Cruz comprendió que se realizaba la visión predicha por la Santa.

Concluída la recomendación del alma, se acercó el Padre Alonso de Rojas con el Crucifijo, le aplicó a los labios y le dijo: "Bese los sagrados pies de su Redentor, báñelos con sus lágrimas, agradézcale los pasos que El ha dado para su redención, y en especial el haberle enseñado a amar los sufrimientos, para imitarle y seguirle con perfección". Le dió después a besar la llaga del pecho y le dijo: "Entre en la llaga del Sagrado Corazón, donde tenga un asilo seguro en la vida y en la muerte". Mariana se detuvo a besar el Corazón de Jesús y de pronto

sus ojos se fijaron en la corona de espinas; la besó ardientemente y en este ósculo santo, extasiada de amor y adoración, su alma fue recibida por su Creador.

El Venerable Hermano Hernando de la Cruz se puso en oración, y se mantuvo en ella por más de una hora. Cuando volvió del éxtasis expresó con grande alegría a la familia de Mariana: "No tenéis por qué affigiros por la muerte de esta dichosísima joven; porque ha ido al cielo sin pasar por el purgatorio, y con tantos merecimientos que le sobran muchos para distribuirlos a los pobres que quedamos acá. No lloréis, pues ya tenemos una piadosa intercesora en el Cielo".

Corta es la vida, demasiado corta en la que vamos cruzando un espinar inmenso, inacabable. Qué lejanos los laureales de gloria, qué esquivos los oasis del amor, inalcanzables los tesoros y riquezas. ¡"Vanidad de vanidades y todo vanidad"! ¡A veces, en la mitad de la vida se hace la noche plena de la muerte y comienza la eternidad!: ¡Dios Omnipotente! Y entonces la sanción, la justificación de nuestras obras ante el tribunal inapelable, justiciero, sabio. ¡Por qué no hacer buena y fuerte, activa y soñadora

la vida?....Así deberíamos hacerla, aun sin los temores de la muerte, y sólo en vista de su brevedad trágica.

Mariana de Jesús subió por la montaña de la vida, como Jesús, con la Cruz sobre los hombros; con bondad dulcísima en el alma, con heroísmo en el carácter, y llegó a la cumbre para ser coronada de gloria. Sus ojos que anhelaron claridades eternas, se habrán abierto a soles indeficientes; sus ojos que no se deleitaron en la vanidad, se habrán extasiado con celestes visiones; su corazón que palpité de amor a Cristo, habrá gozado de El con plenitud de amor, y el Amado habrá sido su felicidad única. Dios..... Jesucristo..... Amar, anhelar la vida eterna, y encontrarse por fin en posesión del solo objeto que ha obsesionado el ser con el atractivo inigualado de su belleza y el encanto apasionador de su gracia.... Dios.... Jesucristo.... Si el amor en esta baja tierra constituye la felicidad suma, se comprende a qué alteza de atractivo, a qué ardores de extática pasión debe llegar el amor de la belleza soberana de Quien es la excelcitud de la gloria, del poder, de la ciencia. ¡La posesión de Dios sin temor de perderlo!.... Aunque otro motivo de felicidad exis-

tiera, bastaría éste para la dicha plena de las almas.

Es el Cielo cesación de todo mal y posesión de todo bien en grado eminentísimo. Posesión eterna de felicidad sin temor de pérdida; realización de la dicha a que aspiramos, y que apenas por instantes vislumbramos. Comprendemos mejor el dolor porque lo hemos sentido y muy menos la felicidad, porque raras veces la hemos poseído. Y qué felicidad tan encumbrada que "ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón humano sintió lo que Dios ha preparado para los que le aman". La plenitud de dicha. Asombro del ser en toda su integridad. La inteligencia absorta en las grandiosas leyes que contempla; el corazón embriagado en inefables delicias. Una juventud eterna que constituye sobrehumana alegría; ligereza etérea que anima y conforta con la veloz emoción del vuelo; fulgor que enardece con sus rayos de indeficiente brillo. Ambiente de mutua felicidad en que la ajena dicha es complemento de la propia, y la perfección ajena contribuye a enaltecer la propia. Luego, sentirse absolutamente bueno, con una naturaleza que ha llegado a su perfección, y feliz, amando y gozando eternamente.

FUNERALES DE MARIANA DE JESUS

A los veintisiete años y seis meses de edad, la Azucena de Quito, Mariana de Jesús Paredes y Flores entraba en la inmortalidad, el 26 de Mayo del año 1645.

La infausta nueva de la muerte de Mariana se divulgó en Quito con rapidez extraordinaria. "Ha fallecido la Santa", se decían, y oleadas de gente irrumpían la casa del duelo para honrar sus mortales despojos.

La muerte no había causado estragos en ese cuerpo santificado por la penitencia; pues que el rostro se hallaba tibio y sonrosado, y flexibles los miembros: un copioso sudor fragantísimo bañó el sagrado cuerpo. Su hermana Jerónima y su sobrina Juana enjugaron ese sudor con algodones, para distribuirlos a la multitud que pedía ávidamente una reliquia. La multitud se hacía tan compacta y solicitaba algo que hubiera pertenecido a la Santa, que la familia condescendió con el clamor unánime, y despojó al cadáver del hábito franciscano que llevaba de mortaja; lo redujo a pequeños pedazos, y los distribuyó a la multitud. Fue necesario hacer lo mismo con el segundo hábito con que la vis-

tieron; mas como el fervor y el entusiasmo del pueblo crecían por momentos, la familia se vió obligada a pedir una guardia para que detuviera la invasión y cuidara del orden de la casa.

Al siguiente día, 28 de Mayo, debían ser los funerales. "La conmoción fue tan grande y tan extraordinaria que jamás se había visto en Quito cosa semejante". La población en masa se dirigió a la casa de la Santa, y se formó un cortejo tan suntuoso que fue sin duda lo más grande que admiró esta ciudad.

El 28 de Mayo, por la tarde, se sacó el cadáver de la casa mortuoria para trasladarlo al templo de la Compañía, "Las calles y ventanas del trayecto estaban literalmente atestadas de gente" Sin invitación previa, concurrieron el Exmo. Sr. Obispo con todo el Cabildo, el Corregidor y otras autoridades, las Comunidades Religiosas, sin excepción alguna.

Iba el santo cuerpo en hombros de sacerdotes revestidos de sobrepelliz que se cambiaban con frecuencia, para darse el honor de conducirlo. Insisten los relatos sobre la fragancia suavísima que se desprendía de ese cuerpo glorioso, fragancia que aromatizaba las calles que iba recorriendo el suntuoso cortejo.

En el templo de la Compañía de Jesús, áureo poema de real arte, desde la fachada en la que el cincel creador ha dominado la piedra, y la ha tornado dócil como cera, para imprimir en ella bellezas ideales, hasta los muros interiores del templo, recubiertos de oro, y los altares maravillas arquitectónicas; en este augusto templo, secular morada de la virtud y la ciencia, donde creció y se fortaleció el gigante espíritu de Mariana de Jesús. Aquí se exaltó la apoteosis de la virgen quiteña; esta iglesia guarda sus cenizas y venera su imagen, en una bellísima capilla que le está dedicada.



Vicaría General de la Arquidiócesis. Quito,
Abril 20 de 1940.

PUEDE IMPRIMIRSE

Victor M. Carrillo Moscoso,
Vicario General.

Angel Humberto Jácome M.,
Secretario.